

Sr Director de ANCORA

Mis más expresivas gracias, si es que tiene Vd. la amabilidad de publicar en el semanario de su dirección, unas líneas en contestación a las que nos dedicó a los Palamosenses un señor EXPONTANEO, que se ha ricamente despachado a su gusto dejándonos poco menos que para el arrastre.

Querido Expontáneo.

Esas ocho páginas de apretada caligrafía, ese bello canto de triunfo, ese despertar de un pueblo y esas sonoras resonancias, no es cierto que le hicieran vibrar, no; provocaron en Vd. una especie de baile de San Victor; se le fué la cabeza; no supo Vd. lo que escribía, y así quedamos de mal parados los pobres habitantes de esa inculta población y, menos mal, si se siente satisfecho por el galardón concedido a uno de sus hijos; aunque a mi modesto entender su obligación habría sido proponer a las Autoridades la expulsión inmediata de ese Sr. de Palamós que ha tenido la osadía de escribir y la desgracia de que le hayan sido reconocidos sus méritos.

¿Que está Vd. avergonzado? Lo comprendo y conmigo aquella ínfima parte de la población que, además de bailar e ir al cine, ha tenido la ocurrencia (me refiero a la poquísima que sabe leer) de enterarse de la serie de tonterías que nos ha dedicado, y que pudieron leer, porque la perpetua niebla de que disfrutamos había desaparecido.

El día de San Jorge fué para nosotros un día como todos, absolutamente igual a los pasados, pero confiamos en los futuros días que se avecinan, segurísimos de que con la aparición de ese magnífico Expontáneo van a cambiar las cosas. No seguirán igual que antes y siempre por un *in æternum*, porque sabemos (y eso no quiso Vd. decírnoslo en su artículo) que se ha dirigido ya a nuestras Autoridades y a cuatro desgraciados que tienen el mal gusto de enterarse un poquitillo de algo que no sea Cine ni Baile, y, con Vd. delante, vamos a demostrar que no somos anguilas que coleamos por el fango, y estamos dispuestos a hacer algo positivo con la condición, de que si un día se nos ocurre mandar algún artículo a ANCORA, en lugar de ampararnos en un seudónimo diremos clara y concretamente.

Juan REIG ALBOSA

P. D.

Se me olvidava decirle, que con el fin de evitar la molestia que supone tener en nuestro Palamós que soportar constantemente esos ruidos de consuetud: sirenas de fábricas, trompetas traperas (o sea de traperos), escandalosos chasquidos de muelas de afiladores y esas voces estentoreas de zingaros con sus *paraiques, pots de llauana, etc.* cosa que solo ocurre en esta *afortunada* población, esta semana se reunen las fuerzas vivas (en Palamós hay fuerzas vivas aunque con poquita cultura) para tomar la determinación de trasladarnos al Polo, donde creemos se encontrará Vd. a sus anchas, si es que no toma la determinación de quedarse para seguir mandándonos flores desde ANCORA.

Sr. Director de ANCORA.

**PARA EL APURADO SR. EXPONTANEO,**

CON TODOS MIS RESPETOS

Soy amante de la instrucción y la cultura, y por ello aplaudo como el que más la magnífica manifestación de exaltación a las letras que tuvo lugar en San Feliu de Guixols en la festividad de San Jorge.

Para mí una vida es tanto más hueca cuanto más llena esté de pobre ignorancia. Y sé que un pueblo proyectará más larga sombra cuanto más alto esté el nivel de su cultura.

Sin embargo, de esta afirmación a la de que mi Palamós venga a ser una especie de poblado negroide por no haber dado lo que al Libro corresponde, media un abismo.

El mismo abismo que separa la utopía de la realidad. Se puede ser un soñador o un idealista. Se puede desear para los demás el ansia de saber que uno siente. Pero no porque la Fiesta del Libro haya quedado en blanco debemos estigmatizar a nuestro pueblo con el dogal de inculto o de vulgar.

Quien quiera sentir afán de cultura, podrá lamentar muchas cosas. Mas yo no lo puedo de que en Palamós nada se haya hecho en bien del libro en su día magno. Y no puedo lamentarme por cuanto de hacerlo debería empezar por vituperarme a mí mismo. Y siendo egoísta por humano, no me lamento sino que me callo. Y debería vituperarme por cuanto habría de preguntarme ¿y que he hecho yo para que aquí se celebre la Fiesta del Libro cual se debiere? Y esta pregunta, antes de lanzar adjetivación alguna, ha de repetírsela todo aquél que quiera galardonar de un espíritu selecto. No se puede criticar la inercia de los demás cuando ha faltado el impulso propio. Ya que no puede ser excusa la modestia que haga ver pequeña la personalidad de uno, por cuanto por mínima que resulte una aportación siempre ha de ser valiosa. Recordemos que nuestro sabiondo Sancho Panza decía a Don Quijote: «muchos pocos hazen un mucho y mientras se gana algo no se pierde nada».

Bien quisiera, lector mío, al hablarte de un notabilísimo músico de nuestra tierra, pintarte su biografía cual escala maravillosa o verme por lo menos dotado de las facultades peculiares en quienes con mayor soltura sabrían hacerlo. El amor que siento hacia mi ciudad natal, me ha impulsado a reunir unas notas que revelan la vigorosa personalidad del artista. Parodiando la generosidad de aquellas almas que tan ardorosamente cantaron las glorias de su pueblo, voy a ofrecerte un bosquejo de la vida del maestro, aunque sea fuerza reconocer que el nombre de Juan Goula es digno de más brillantes encomios. Pero basten para tales ánimos tu benevolencia y mi buena voluntad.

Nació Juan Goula en nuestra ciudad el día 30 de Marzo de 1843, en la casa número 11 de la antigua calle de la Pelota, que hoy día ostenta el glorioso nombre del maestro. Dióse a esta casa a principio de siglo la denominación de «Cà la Pintora» y en su fachada se nos muestra una lápida que los Coros de Clavé costearon años atrás para honrar la memoria del insigne compositor y director de orquesta.

Muy joven todavía, llevado de una irresistible vocación, trasladóse Goula a Barcelona y allí empezó sus estudios bajo la dirección del reputado maestro Nicolás Manent. Terminados éstos, dedicóse a la enseñanza del piano que dominaba y, tras haber desempeñado varios cargos secundarios en el Teatro de los Campos Elíseos y en el Liceo, se instaló en Mallorca (año 1866) habiéndosele conferido el de director de la orquesta del Teatro Principal. Fundó el Orfeón Mallorquín dando a conocer las principales obras de Clavé.

En 1870 había alcanzado el maestro una reputación que trascendió al extranjero por conducto de los artistas que habían actuado bajo su dirección. A esta causa obedece el hecho de que hiciera, poco tiempo después, su aparición en el Teatro Imperial, de Moscú, obteniendo un éxito resonante. Entonces comienzan a

redoblar los triunfos de nuestro compatriota, hasta que, en 1871, se le confía la dirección de los famosos conciertos de Baden.

Vuelve a Barcelona en 1872, encomendándosele la dirección de las temporadas de ópera italiana en los teatros de Novedades y Principal. Mas, sus triunfos habían adquirido tanta resonancia, que al año siguiente se le brinda la dirección del Teatro de Hamburgo.

Dos años después preséntase de nuevo en Barcelona en donde estrena el famoso «Requiem», de Verdi, dando a continuación a conocer, entre otras obras, «Aida», del propio Verdi, y «Romeo y Julieta», de Gounod.

Dirige seguidamente varias temporadas en Petrogrado, disfrutando de crecidísima remuneración, y emprende más tarde una «tournée», que puede llamarse triunfal, por las capitales y ciudades más importantes de Europa.

Vuelve de nuevo a la ciudad condal en 1879, presentándose por primera vez en el Gran Teatro del Liceo, pasando luego a buscar los aplausos en los principales teatros de España y de Portugal, y en 1881 asume otra vez la dirección del Principal, de Barcelona, estrenando la ópera de la que es autor «A la voreta del mar» que obtiene un gran éxito.

Al ocupar la dirección de las brillantes temporadas del Liceo desde 1883 a 1889, se le distingue por su gran talento en concertar y dirigir algunos estrenos.

En 1891 dirige una serie de conciertos en Madrid, mas, al año siguiente, pasa a revalidar en América su brillante carrera, actuando en el Teatro Nacional, de Buenos Aires, y más tarde en el Politeama de aquella capital. Vuelve a Barcelona dos años después para entrar triunfalmente en el Teatro Real, de Madrid. Dirige en 1898 una temporada extraordinaria en Novedades, de Barcelona, volviendo al Liceo en 1901. El mismo año, con motivo de la muerte de Verdi, da un gran festival en el Palacio de Bellas Artes, reproduciéndose el famo-

so «Requiem».

Inaugura el nuevo Teatro Lírico de Mallorca, y en 1902 cobran nuevo verdor los laureles conquistados en el Liceo, pero esta vez, triste es reconocerlo, actúa Goula seducido por la rara idea de despedirse de nuestro público, pues, sin que nadie lo hubiese presagiado, márchase súbitamente a la Argentina para fijar allí su residencia.

Funda en Buenos Aires un conservatorio de canto y, con ánimo patriótico, intenta implantar la ópera española en aquellos teatros, estrenando, entre otras obras, «Los Pirineos» de Felipe Pedrell. No consigue aquel hombre incansable ver coronados sus meritorios esfuerzos y esto le induce, al parecer, a retirarse del teatro para dedicarse a la enseñanza. Se asegura que, en público, dirigió por última vez en el «Casal Catalá» de la capital argentina, en la ejecución de la sinfonía «Gloria a España».

Por más que fuesen muy breves los períodos de descanso que le permitieran sus habituales tareas, no menguó su fama de compositor el relieve que como director adquiriera. A sus méritos se deben numerosas cantatas y obras del género religioso, entre muchas otras en extremo estimables como lo fué su ópera «A la voreta del mar» (cuyo título no se acomoda tal vez, por su modestia, a las inspiradas páginas musicales de la obra) la cual, pese al gran éxito que obtuvo, no ha vuelto a representarse. Es muy doloroso admitirlo al recordar al maestro que por su nobleza y su filantropía fué digno de su talento. Su rectitud le hizo acreedor a todas las voluntades, granjeándose con ella la particular estima de los más célebres cantantes.

Permitirás, benévolo lector, que mi tosca pluma intente diseñar, con la siguiente anécdota, uno de los rasgos del eminente músico:

Contáronme que una «prima-donna» (a la que Goula quisiera hacer determinadas advertencias antes de dar comienzo a cierta representación) hallándose en su «camerino» asediada de admiradores a quienes impresionaran sin duda con más fuerza los atractivos de su belleza que la calidad de sus agudos, no quiso dar demasiada importancia al anuncio de la visita del director. Este, que no fiaba mucho de las habilidades de ciertos cantantes, no abandonó el pasillo hasta haber conseguido la venia de la hermosa cantatriz, a la que reiteró cortesmente sus sabios consejos.

Marchó en principio viento en popa la representación, mas, como flaquease luego la tiple en una de las situaciones más comprometidas, sobrepujóse al percarce la tan experta como implacable batuta del maestro, que hizo parar la orquesta en seco. La soprano que por lo visto no había sabido corregir a tiempo sus errores, presa de un estupor inconsciente, vió plasmada en unos segundos su descortesía y, mientras sus bellos ojos bañados en lágrimas imploraban con lenguaje mudo la indulgencia, atacó de improviso el gran Goula con su orquesta, salvando por milagro y gracias también a su pericia aquella situación que tanto podía comprometer al buen éxito de la velada. Gran lección que no echaría a buen seguro en saco roto la célebre diva.

La muerte sorprendió a nuestro llorado artista en Buenos Aires el día 10 de Julio de 1917.

Si, puede que haya muchas cosas lamentables. Falta de espiritualidad. Ausencia de ideales sublimes. Apego al materialismo. Mas era ya Homero quien hacía que Euríloco dijera a Ulises «piensa que tus hombres son de carne y hueso».

De seguro algo ganaríamos si leyéramos más y mejor en lugar de lo poco y mal que generalmente se lee. Veamos y lamentemos de ver una parte de nuestra juventud enfrascada en «Pulgarcitos» y «Coyotes», novelas ¡¡ de «La pobrecita que se casó con el Duque de Fleuri». Y no digamos de la vulgar «Lo que el viento se llevó». Pero ¿sería lógico el exigirles que se entusiasmaran con La Divina Comedia, El Ramayana. El Amadís de Gaula o La Auracana? Y además, ¿los encontrarían con las diez pesetas con que pueden adquirir cualquiera de aquellos pseudo-libros?

Lamentable, y no sólo aquí sino que en todas partes. Pero tanto como ello lo es el hecho de que de esa debilidad ajena se quiera hacer escaparate del saber propio. Lo que importa no es publicar un mejor o peor artículo, sino el buscar la colaboración que haga posible el logro del común anhelo. Colaboración que se hallaría, pues no hay duda de que en Palamós las gentes cultas son legión.

Atentamente

P. CARRERAS

J. Soler Cazeaux